

LUCHAS CAMPESINAS Y REVOLUCIÓN BURGUESA EN LA RIBERA DE NAVARRA (1808-1829)

JOSEBA DE LA TORRE



Durante bastantes años el análisis del proceso de transición del antiguo régimen feudal al sistema capitalista que tuvo lugar entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX en los territorios de la monarquía española ha sido abordado por los historiadores casi de manera exclusiva en función de las luchas políticas. Todo parecía reducirse al enfrentamiento abierto entre los representantes de las élites económicas y sociales del viejo sistema, en vías de extinción —nobleza y clero—, y una burguesía emergente que pretendía barrer los obstáculos jurídico-legales del feudalismo para alcanzar el poder político que permitiese expandir su poder económico bajo unas nuevas reglas de juego.

No obstante, este fenómeno, conocido como la crisis del Antiguo Régimen, se resolvió de manera violenta, en una sucesión ininterrumpida de revoluciones —en 1808-1814, 1820-1823 y 1835-1843—, golpes de estado y contrarrevoluciones —en 1814-1820 y 1823-1833—, guerras internas y externas e invasiones de las potencias europeas de la época —en 1793-1795, 1808-1813, 1823 y 1833-1839—. Resultaba contradictorio, paralelamente, que en un país cuya población mayoritaria era campesina no se explicase de modo

preciso las causas por las que algunos miles de hombres y mujeres del mundo rural estuvieron dispuestos a jugarse la vida apoyando a revolucionarios y *contras*, o soportasen como carne de cañón los excesos de unos y otros, reduciéndolos a un segundo plano que les negaba cualquier protagonismo. Y ello en Navarra cobra mayor trascendencia, puesto que la historiografía de ayer y hoy ha insistido en la numerosa participación del campesinado en tales hechos, pero sin dar una explicación coherente.

En definitiva, convenía empezar a analizar las actitudes del campesinado y la dimensión social de una revolución cuyos objetivos —y se suele olvidar con relativa facilidad— pasaban por establecer un nuevo sistema de dominación social en manos de la burguesía. Ahora bien, sólo analizando el tipo de cambios y la profundidad de las transformaciones podremos calibrar mejor el carácter revolucionario, o no, del proceso¹. Y toda la mitad sur de Navarra se constituye en un campo privilegiado de estudio para valorar esos hechos históricos.

Guerra y revolución, 1808-1814

En esa Ribera —históricamente acaparadora de la mayor superficie cultivada de toda Navarra, productora de “granos, abundantes caldos”² y aceite—, como en otras regiones, la modificación de las bases económicas y sociales fueron por delante de los hechos políticos y los decretos legisladores de la revolución liberal y la desaparición definitiva de la monarquía absoluta en 1833. La existencia de las aduanas en el Ebro, la quiebra de las haciendas municipales y los cambios en la estructura de la propiedad de la tierra a raíz de la desamortización de bienes concejiles desde 1808 son una muestra clara que proyecta los intereses contrapuestos de la sociedad ribera.

A lo largo del siglo XVIII se había ido manifestando el deseo de los grandes productores agrarios del sur del Navarra —y como tales importantes terratenientes— por trasladar las aduanas al Pirineo e integrarse en el mercado español para dar salida a sus vinos, aguardientes, aceite, trigo y harina sin que fuesen tratados “como extranjeros” y gravados por elevados aranceles; la pérdida de las colonias americanas y la crisis agraria del primer tercio del siglo XIX reforzarán esta actitud. Mientras, el bloque de los defensores a ultranza del cordón aduanero propio del Antiguo Régimen lo configuraban los comerciantes y contrabandistas vinculados con Francia, que almacenaban en los pueblos próximos al Ebro productos extranjeros libres de aranceles y los introducían fraudulentamente en Castilla obteniendo pingües beneficios y, por lo tanto, defendiendo ideológicamente una de las bases del antiguo régimen. Cuestión bien distinta serán las actitudes de los consumidores y de los pequeños productores de vino, que corrían peligro de ser barridos por los competidores castellanos y aragoneses si las medidas drásticas de integración en el mercado peninsular se consumaban³.

Pero los problemas derivados del régimen feudal no se limitaban al comercio. Los campesinos de la Ribera vivieron mayores dificultades al albur de las sucesivas guerras. Desde la entrada en territorio navarro de las tropas napoleónicas a fines de 1807 y, en mayor grado, la contienda abierta desde mayo de 1808, el mantenimiento de los ejércitos se hizo sobre el terreno a costa de las exigencias de suministros, bagajes, impuestos y exacciones violentas que el mundo rural hubo de soportar durante seis largos años. Y los pueblos de la Ribera, como ámbito de mayor riqueza agraria, experimentaron con especial gravedad el coste de financiación de franceses y guerrilleros. El resultado fue la

ruina de las haciendas municipales, la venta de una parte de los bienes propios y comunales de los pueblos—que servían para cubrir cargas fiscales o para el usufructo por parte del vecindario, junto algunos servicios básicos de la comunidad— y el empobrecimiento campesino al pasar de un determinado nivel material de bienestar a otro peor. Sin embargo, muy pronto los campesinos respondieron a las nuevas circunstancias con actitudes que cuestionaban no sólo los nuevos abusos introducidos por la guerra, sino la naturaleza del sistema feudal que venía explotándolos desde hacía varios siglos⁴.

De hecho, ya en junio de 1808 en Tudela se produjo una auténtica revuelta popular ante el vacío de poder y el pánico colectivo que desató la amenaza de la invasión francesa. Mientras los tudelanos de posición acomodada huían a los campos y pueblos próximos a esconderse, las clases populares que carecían de medios para huir se amotinaron ante el intento de fuga de dos grandes propietarios y regidores del ayuntamiento—el marqués de Montesa y Manuel Resa—, los detuvieron, encadenaron y encarcelaron, mientras el conde de Fuentes y su criado eran lapidados. La toma de la ciudad por los invasores y el saqueo de casas y caudales cortó de raíz ánimos tan soliviantados⁵. En poco tiempo, Mendigorria, Valtierra, Peralta y Corella se quejaban de las exigencias y lo exhausto de sus arcas, mientras en Arguedas, Lodosa, Los Arcos, Villafranca, Caparroso, Tudela, y las mismas villas de Mendigorria y Peralta se convertían en guarniciones y acuartelamientos franceses “mantenidos a espensas de sus vecinos”: símbolo de la ocupación y de los gravámenes que se les venían encima. Campo de batalla en el verano y otoño de 1808, su estado era descrito por los tres miembros de la Diputación de Navarra que, huyendo de Pamplona, pasaron por Tudela: los pueblos de la Ribera “se hallan miserables y en muchos de ellos se observan sino señales dolorosas de la desolación a fuerza de los inmensos artículos que el enemigo ha estraído violentamente y por saqueo de trigo, vino, aceite, ganado vacuno, lanar, mular, caballos...”⁶.

No obstante, el principio de igualdad en el reparto de las exigencias fiscales brillaba por su ausencia. Los labradores de Peralta, Lerín y Falces protestaban porque a la hora de prestar hombres, animales, carros y acémilas para el transporte de material de guerra quedaban “esentos los individuos del ayuntamiento”, a la vez que la casera de Muruzábal de Andión reclamaba que le dejaran “a lo menos uno de sus tres hijos para poder hacer su cosecha de mieses”, pues sino las tareas agrícolas se paralizaban con pérdidas para los campesinos, mientras los bagajeros “tenían que andar incesantemente asta la ciudad de Zaragoza y reino de Francia (...) exponiendo sus vidas tanto más que los soldados, porque tenían que estar quieticos con sus yuntas” cuando “empezaban a tirotear unos contra otros”⁷.

Pero la paciencia tiene un límite. Exigir desde febrero de 1809 20 mil raciones diarias de carne viva, vino, harina, legumbre, cebada y paja en Tudela y Caparroso subyace en las respuestas de carácter antifiscal que adoptaron los campesinos. Así, se explica—y no por motivos supuestamente patrióticos— la incorporación de los campesinos a las filas de la guerrilla de Espoz y Mina que resistió al francés. “El pastor y el labrador abandonaron su esteva y su cayado para tomar el fusil”, eludir la presión fiscal y, de paso, cobrar una soldada cuando el trabajo a jornal escaseaba y participar de un posible botín⁸. Como mínimo 370 voluntarios salieron de la merindad de Tudela—un 3 por 1.000 del total de sus habitantes—, junto a los 141 de Caparroso, Milagro y Mendigorria, en su mayoría jornaleros o gentes que “nada tienen que perder, pues vivían de braceros”⁹.

Sin embargo, la financiación y mantenimiento de estas partidas diseminadas de guerrilleros —y articuladas desde 1810 en un ejército popular de resistencia al invasor— también significó el esfuerzo fundamental del mundo rural, pero —y de ello se infiere uno de los aspectos revolucionarios de esta guerra— sin eximir a la riqueza de la iglesia y la nobleza, ya que Espoz y Mina se hizo con la administración de los bienes del monasterio de la Oliva y exigió una contribución en metálico a los obispados de Pamplona y Calahorra —grandes propietarios de tierras en la Ribera—, o secuestró a dos nobles —regidores del ayuntamiento de Tudela—, junto al secretario y liberal Yanguas y Miranda para recabar suministros y dinero de esa ciudad en agosto de 1812¹⁰. Esquilmos por unos y otros, el gasto provocado por la contienda desarboló las haciendas municipales y acarrió un empobrecimiento campesino de importantes consecuencias sociales.

El balance de los desastres de la guerra queda ilustrado cuando comparamos el coste global en especies, dinero, exacciones violentas, saqueos y destrucciones en una serie de municipios del sur de Navarra, con la cuota que les correspondió a los mismos en la contribución exigida por la corona ya en tiempos de paz¹¹ —el donativo de 1818, aprobado por las cortes estamentales reunidas en Pamplona y a pagar en los años siguientes— (cuadro adjunto).

De todas formas, junto a la crisis de la economía agraria de la Ribera o la represión a sangre y fuego que sufrieron los labriegos, artesanos, algunos curas y las autoridades concejiles por no pagar impuestos o ser familiares y colaboradores de la guerrilla¹², la guerra del francés supuso una experiencia clave para que el campesinado asumiese un papel de primer orden en el derrocamiento posterior del Antiguo Régimen. Porque, por ejemplo, con las armas napoleónicas viajó el decreto revolucionario de abolición del feudalismo, y de la presión fiscal se derivó el que un sector importante del campesinado se resistiese a seguir pagando las rentas feudales a la Iglesia y la nobleza, paralelamente a denunciar y luchar contra las exenciones tributarias de curas y nobles. Y, lo que es más importante, esas actitudes persistirían, en tiempos de paz, hasta 1820.

Financiación de la guerra y fiscalidad en la posguerra

MUNICIPIO	COSTE GUERRA 1808-1814	CUOTA DONATIVO (1818)
MONTEAGUDO	577,057	33,475
MURCHANTE	1.542,089	49,891
MURILLO EL FRUTO	5.555,604	33,797
MURILLO LAS LIMAS	160, 124	10,300
SANTACARA	753,594	22,531
SARTAGUDA	411,765	20,600
TUDELA	15.186,758	492,480
TULEBRAS	409,655	10,300

* en reales de vellón.

En este clima, no es de extrañar por ejemplo que en Cadreita, Valtierra, Pédriz, Tulebras, Cabanillas, Fustiñana, Murillo las Limas, Cintruénigo, Tudela, Arguedas, Cortes y Ablitas se saludase de manera entusiasta la proclamación de una Constitución como la de Cádiz que —entre otras cosas— significaba el fin de los privilegios fiscales de los

señores laicos y eclesiásticos y la abolición de los señoríos jurisdiccionales¹³. Así los vecinos de San Adrián se creían legitimados para arrebatar al marqués de la villa la barca para el comercio y transporte sobre el río Ebro, mientras los de Tudela abolían las prestaciones que pagaban al conde de Montijo y los de Azagra se resistían al pago de pechas a la marquesa de Falces¹⁴; todo lo cual contribuía a erosionar el viejo régimen y, en suma, su persistencia tras el golpe de estado de 1814 subraya el carácter revolucionario de unas luchas que portaban el germen de la transformación *desde abajo*.

Y es que el malestar campesino no se reduce a engrosar las filas del bandolerismo ante el desempleo rural o la falta de perspectiva y a vagar por los campos robando las mieses, con un sistema de valores diferenciado—según el Real Consejo de Navarra, en 1816, esas gentes “no se confiesan, ni comulgan ni oyen misa, ni están doctrinados y enseñados en las cosas de nuestra santa fe católica, viviendo amancebadamente, y con mucho desorden en comer y beber, y otros vicios”—¹⁵. Los campesinos acomodados se enfrentaban a las extorsiones económicas de la Iglesia por el frenazo que suponía al progreso agrario. Buenas muestras de ello fue el largo litigio del ayuntamiento de Fitero contra el uso “forzado y violento” de las aguas de regadío en beneficio exclusivo de los monjes—enviando al alguacil, con un ministro armado de arma de fuego y con seis peones que llevaban palos” a las puertas del monasterio cisterciense—; la querrela de los hermanos Aguado en Murchante contrarios a que el obispado de Tudela se quedase con la quinta parte de la cosecha por el arriendo de determinadas tierras; o los conflictos sangrientos en Ribaforada, Cortes, Buñuel, Cabanillas y Fontellas contra las durísimas rentas en especies para financiar la construcción del Canal Imperial de Aragón y poder recibir el agua para el riego de sus tierras¹⁶.

Estos mínimos ejemplos dejan claro que periódicamente los campesinos del sur de Navarra reaccionaban contra una explotación que sentían en sus propias carnes, pero a la que los privilegiados no dejaron sin respuesta. La Iglesia reclamará los diezmos impagados—con la bendición jurídica del absolutismo restaurado en 1814—y los nobles—como el marqués de Fontellas, “único y privatibo dueño de todas las casas, tierras blancas, viñas, olibares, yerbas, y de las rentas de la taberna, orno, tienda y primicia”—recurrirán al ejercicio de la violencia expulsando a los colonos y quíñoneros que le exigían el pago de impuestos¹⁷. Por ello, la actitud de unos—los privilegiados del Antiguo Régimen—y los otros—los campesinos empobrecidos por la crisis y los propietarios rurales que apostaban por un cambio que sentase las bases para hacer prosperar sus empresas agrarias—los ubicará en los distintos bandos que lucharán por la revolución o la contrarrevolución a lo largo del Trienio liberal de 1820-1823.

Pérdida del patrimonio concejil y lucha por la tierra

Y en esa sociedad rural convulsionada por los conflictos, la lucha por la tierra se había convertido en una de las cuestiones centrales. No en vano, a raíz de la ruina de las haciendas locales provocada por la guerra se empezaron a vender parte de las tierras concejiles, modificándose en lo sustancial los usos tradicionales, beneficiando a los campesinos acomodados con recursos económicos y técnicos para transformarse en propietarios del patrimonio del ayuntamiento y explotarlo, y perjudicando a la gran masa de labradores que carecían de tales medios.

Fue en la Ribera donde se privatizaron las mayores extensiones de tierra de propios

y comunal en el conjunto navarro, punto de arranque de una lucha de clases que se extenderá —sin exageraciones— hasta la IIª República¹⁸. De hecho, las mayores fincas que pasaron a manos privadas fueron corralizas de Villafranca, Tudela, Santacara, Cárcar, Valtierra, Caparros, Lerín, Miranda de Arga, Larraga, Azagra, Lodosa, Arguedas, Funes y Mélida. Sobre un total de 19 localidades de las merindades de la cuenca hidrográfica del Ebro, el 85,5 por 100 de la superficie vendida correspondía a esas corralizas, si bien sólo supusieron el 40 por 100 del valor de tasación global; lo cual expresa que se cotizaron a precios bajos y cuyos beneficiarios fueron los poderosos locales y los ganaderos trashumantes de los valles pirenaicos. El resto de lo enajenado fueron ricas y caras tierras de regadío, liecos, montes y pastizales y —en una posición marginal— huertas, viveros, viñas y terrenos de cultivo industrial (“pozos de aguar cañamo”).

Lo más frecuente fueron unas prácticas fraudulentas —alentadas por las circunstancias bélicas— para hacerse con esas grandes extensiones, mientras una parte del vecindario a lo sumo se hacía con parcelas reducidas a cambio de los adelantos fiscales de guerra hechos al ayuntamiento, y la mayoría —constituida de pequeños labriegos y jornaleros— no sólo quedaba marginada del proceso, sino que la venta de esas fincas y de edificios agropecuarios —molinos harineros y trujales, por ejemplo— extinguía algunos servicios que el municipio cubría hasta entonces, agudizando su empobrecimiento¹⁹. En suma, el modo en que se realizó la desamortización civil abrió aún más la brecha de los enfrentamientos de clase que se sucederán sin solución de continuidad hasta el triunfo de la revolución de 1820.

Como en el resto de la monarquía, en Navarra liberales y realistas se enfrentan por dos modos de producción distintos: la abolición o conservación del régimen feudal. Pero no se trata de dos bloques homogéneos, sino que dentro de la estrategia revolucionaria converge un proyecto de los absolutismos moderados —la alta nobleza interesada en la adquisición de bienes eclesiásticos desamortizados, que simultánea la conspiración con los ultras desde las instituciones para que la revolución no fuese demasiado lejos y barriese sus privilegios—, y un liberalismo exaltado que tardará en incluir en su programa la reversión de la tierra a los campesinos a fin de convertirlos en pequeños propietarios. Los intereses de los contrarrevolucionarios pasaban por la defensa del trono —es decir, de los privilegios señoriales que la corona les garantizaba bajo el Antiguo Régimen— y el altar —es decir, las parcelas de tierra y los bienes materiales del clero que rodeaban el altar y que podían perder con la revolución—, en certera expresión de R. del Río²⁰. En la práctica, ambas vías lucharán con las armas en la mano.

Rebelión realista y revuelta campesina en el trienio constitucional

Sin embargo, ¿cuáles fueron las actitudes del campesinado en la Ribera? ¿Cómo se explica que algunos campesinos que habían dado muestras de resistencia a las viejas formas de dominación feudal llegasen a luchar en las filas de la contrarrevolución? ¿Eran *todos los navarros*, como propagaba la historiografía tradicional? ¿Mientras no faltan testimonios de apoyos del mundo rural al cambio? De nuevo, la constitución de 1812 fue vista como una esperanza²¹. Pero no transcurrió demasiado tiempo para que se revelase que esa revolución —que impuso el medio diezmo pagadero en metálico y nuevas contribuciones, y articuló la desamortización a favor de una minoría acaudalada—²² no incluía a las ansias de los campesinos.

La crisis económica larvada en los lustros anteriores lanzó a las partidas ultras en torno a tres mil navarros en los momentos de mayor enfrentamiento —un no excesivamente relevante 1,5% de la población—, de los que sólo algo más de doscientos procedían de la Ribera, zona geográfica poco apta para la táctica de las cuadrillas de voluntarios—. Una parte de ellos fue enrolada por la fuerza en levadas obligatorias, en bandidos que encontraban la cobertura adecuada a su actividad y en jóvenes deseosos de huir de la tutela paterna consiguiendo una soldada, o que tenían “causas pendientes” con la justicia por “muertes, riñas, robos, etc.”, en paralelo a la dureza de la represión de las tropas liberales contra los pueblos que con la bayoneta en los riñones habían entregado suministros a los realistas²³. En definitiva, queda claro que los ultras intentaron canalizar el malestar campesino a su favor. Pero los objetivos campesinos nada tenían que ver con los móviles políticos de los curas y la pequeña nobleza.

En la Ribera, fructificó la utilización de la rebelión realista y el paso de partidas para saquear las casas de los liberales —que no casualmente eran las más ricas del pueblo—. En Murchante, alentados por el párroco, encarcelaron a todos los liberales y cometieron destrozos sobre las propiedades de la familia Aguado, propietarios y controladores del poder municipal, y en Cárcar hubo también tumultos²⁴. Es decir, que el malestar campesino y las revueltas típicas de las sociedades preindustriales coincidieron con la contrarrevolución; lo cual implicó una incorporación campesina a las armas escasa y resistencias campesinas porque las fórmulas de explotación apenas se modificaron.

Todo ello no impidió que se registrasen acciones de lucha en las que los liberales expusieron sus vidas defendiendo la revolución. Baste recordar el papel de la milicia de voluntarios de Tudela —compuesta por artesanos y labriegos, bajo la dirección de Manuel Martínez de Morentin—, denunciando sistemáticamente la presencia de absolutistas camuflados en los ayuntamientos de la Ribera o la tibieza de los jefes políticos de Navarra, peleando en el campo de batalla, o su actitud al ser asediados por las tropas realistas el 21 de agosto de 1822. Según el testimonio de Martínez de Morentin, tras apresar a familiares de los voluntarios, para que éstos claudicasen “se nos presentaron de rodillas mi infeliz madre, viuda” y la “hermana del voluntario herido a pedir nuestra rendición de parte de los caribes. Nos informaron hallarse sentenciadas a ser pasadas por las armas con todas las restantes madres, esposas e hijos de los voluntarios [...]. Pero nosotros, enagenados de todo lo que no fuese HONOR, CONSTITUCIÓN Y PATRIA” amenazaron con “hacerles fuego a las mismas madres y esposas, si volvían con otra embajada higual”. El asedio concluyó con la llegada de refuerzos de los liberales²⁵.

Conclusiones

Los graves problemas sociales y económicos por los que pasó ese mundo rural en el primer tercio del siglo XIX pueden comenzar a explicar las actitudes de los campesinos de la Ribera ante la revolución liberal y su incidencia en el proceso revolucionario. La guerra contra el francés abrió una grave crisis económica, seguida de una caída de los precios agrarios a partir de 1817, la pérdida de las exportaciones agrarias a las colonias —agravada por el mantenimiento de las aduanas en el Ebro— y de una parte de los bienes de propios y comunales con suficiente entidad como para tambalear la estructura de esa economía agraria —la privatización de los bienes concejiles extinguía una de las fuentes para sufragar contribuciones y algunos usufructos fundamentales para unas economías

campesinas deterioradas en esa conyuntura—.

Así se define con mayor precisión los porqués de un malestar campesino de múltiples expresiones. Si inicialmente la ilusión constitucional se concreta contra los perceptores de diezmos y demás derechos feudales —mientras se incrementaban las acciones delictivas y el bandolerismo—, cuando el campesinado se dé cuenta que esa revolución burguesa no les ofrece expectativas de cambio, sino redobladas contribuciones y una redistribución de la propiedad de la tierra que los margina la erosión de su nivel de bienestar se traducirá en tumultos y revueltas que no necesariamente coinciden con la contrarrevolución armada por parte del clero y la pequeña nobleza, pero que éstos sabrán capitalizar para intentar derrocar al régimen liberal. No obstante, sólo la entrada del ejército francés en 1823 —*los cien mil hijos de San Luis*— acabará con la revolución española.

Diez años después, la rebelión carlista reproducirá el enfrentamiento civil en que el sur de Navarra mantendrá posiciones mayoritarias contrapuestas. En tanto la Ribera tudelana parece apostar por el liberalismo que propiciaría la integración de la producción agraria de los grandes propietarios en el mercado español —y, en consecuencia, careció de móviles para dirigir a los campesinos contra el nuevo sistema—, en la Ribera estellesa el activismo carlista fue más intenso al coincidir probablemente un empobrecimiento superior de los pequeños propietarios y arrendatarios al del conjunto navarro, con una caída del status social y económico de los notables locales amenazados por las transformaciones implícitas en el proyecto liberal²⁶.

En todo caso, esta imagen para la década de 1830 podría modificarse si el análisis se aborda desde los parámetros empleados para 1808-1824. Es decir, no tanto desde la dinámica que reflejan las luchas políticas y dinásticas —que finalmente no hace sino otorgar a las clases dominantes un papel de *dtrigentes naturales* capaces de aprovechar la rabia de unos campesinos fanáticos e ignorantes, pero que se muestra falso y erróneo con anterioridad a 1833—, sino incorporando la perspectiva de unos campesinos con intereses propios y una visión de la realidad que ni la estrategia de los defensores del Antiguo Régimen ni el proyecto revolucionario burgués pretendían modificar a su favor. En palabras de R. del Río, “en Navarra los campesinos no van a saber impulsar un proyecto alternativo de revolución burguesa” —como pudo suceder en Francia—, “que en lugar de beneficiar exclusivamente a los grandes propietarios, habría posibilitado la existencia de numerosos propietarios medianos y pequeños autosuficientes, con lo cual se habría creado un mercado más amplio para la industria que el que realmente potenció la revolución burguesa en España”²⁷. En suma, como hemos pretendido mostrar, diferentes sectores del campesinado fueron protagonistas directos y activos del derrumbamiento del régimen feudal, y sin contemplar este factor no se acabaría de interpretar correctamente la propia revolución burguesa²⁸.



NOTAS

1. El presente artículo sólo aspira a dar a conocer en el ámbito que cubre esta revista el resultado de una serie de investigaciones sobre la Navarra del primer tercio del siglo XIX, publicadas ya en unos casos e inéditas en otros, combinando las informaciones relativas al marco de la Ribera e insertándolo en el contexto más

- amplio de la revolución burguesa en el estado español. En este sentido, como lecturas básicas, ver J. Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Barcelona, Crítica, 1983; y P. Ruiz Torres, "Algunos aspectos de la revolución burguesa en España", en VV.AA.m , *El jacobinisme*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1990, pp. 9-39.
2. P. MADDOZ, *Diccionario Geográfico-Estadístico de España*, Navarra, Valladolid, 1986, p. 209.
 3. Analizado por R. DEL RÍO, *Las últimas Cortes del reino de Navarra, 1828-1829*, Haranburu, San Sebastián, 1985, pp. 169-334.
 4. J. DE LA TORRE, "Crisis de una economía agraria y respuestas campesinas en la quiebra del Antiguo Régimen: Navarra, 1808-1820", en *Revista de Historia Económica*, nº 1, 1990, pp. 11-35.
 5. G. FORCADA, "Tudela durante la guerra de la Independencia", en *Príncipe de Viana*, nº 88-89, 1962, pp. 439-441, ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA, *Guerra leg.* 14, c. 53.
 6. AGN, *Actas de la Diputación*, vol. 29; y *Guerra*, leg. 16, c. 7.
 7. AGN, *Actas de la Diputación*, vol. 29, 8, 17, 18 y 27 de julio de 1808; y *Guerra*, leg. 21, c. 2.
 8. AGN, *Papeles Hernández*, leg. 9, c. 66; y *Guerra*, leg. 21, c. 11, 9. Según los escasamente fiables cálculos de F. MIRANDA, *La guerrilla en la guerra de la Independencia*, Temas de Cultura Popular, nº 396, Pamplona, AGN, *Gobierno Francés, Reino*, leg. 1, nº 9.
 10. J. DE LA TORRE, *Los campesinos navarros ante la guerra de la Independencia*, Tesis doctoral inédita, vol. I, cap. 2, Universidad Autónoma de Barcelona, 1989; secuestro en J.R. CASTRO, *Yanguas y Miranda, una vida fecunda al valvén de la política*, Pamplona, 1963, pp. 24-27.
 11. J. DE LA TORRE, "Endeudamiento municipal en Navarra durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1820)", en *Nuevos Estudios de Historia Regional. Estudios de Historia Social*, nº 34-35, 1985, Madrid, pp. 185-187.
 12. Así, de los más de tres mil navarros conducidos a las cárceles de Pamplona por resistir con las armas en la mano —o con lazos de parentesco con éstos— o por carecer de medios con que satisfacer los impuestos, más de 300 procedían de pueblos de la Ribera; de los cuales 11 eran alcaldes y regidores —el edil de Santacara fue fusilado—, 23 curas —más de la mitad deportados a Francia— y el resto labriegos de diferente condición y artesanos (AGN, *Guerra*, leg. 21, c. 19).
 13. J. FONTANA, *La crisis...*, pp. 16-18 y 83-98.
 14. AGN, *Procesos Civiles*, Azcárate, 1818, f. 3º, nº 2 y 16; y *Cuarteles y alcabalas*, leg. 11, c. 16.
 15. Ver J. DE LA TORRE, *Los campesinos navarros*, pp. 461 y 487-489.
 16. *Ibid.*, pp. 529-535; y R. del RÍO, *Orígenes de la guerra*, pp. 307 y ss.
 17. AGN, *Procesos Civiles*, AZCÁRATE, Sala IIª, Pendiente, 1816, f. 2º, nº 3.
 18. Sobre este período ver la obra fundamental de E. MAJUELO, *Lucha de clases en Navarra, 1931-1936*, Pamplona, 1989.
 19. J. DE LA TORRE, *Los campesinos navarros*, pp. 256-280.
 20. R. DEL RÍO, "Camperols foralistas i contraris a la revolució burguesa? Un mite que s'esfondra a Navarra", en *Recerques*, 22 (1990), pp. 25-44.
 21. Así, en Murchante el alcalde liberal Aguado descubrió la lápida de la Constitución al grito de: "ciudadanos de Murchante, hay tenéis la fuente de vuestra prosperidad", y "en seguida empezó a fluir de la misma pared una fuente de vino, la cual por todo el día satisfizo a todos los forasteros del pueblo." (*Ibid.*, p. 35).
 22. J. TORRAS, *Liberalismo y rebeldía campesina*, Barcelona, 1976.
 23. R. DEL RÍO, *Orígenes de la guerra*, pp. 439-459.
 24. *Ibid.* pp. 115 y ss.
 25. R. DEL RÍO, "Camperols foralistas", p. 27.
 26. J. PAN-MONTOJO, *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, 1990.
 27. R. DEL RÍO, "Camperols foralistas", p. 44.
 28. R. DEL RÍO y J. DE LA TORRE, "Actitudes del campesinado y revolución burguesa en España: una nueva propuesta de análisis", en *I Congreso de Historia Social* (Universidad de Zaragoza, 1990).

Monarkia osoan bezala, Napoleonen inbasioak agerian utzi zituen Nafarroako hegoaldean Aintzineko Errejimenak zituen ahuleziak. Inbasio horrek, bidena-bar, bide emanen dio iraultza/kontrairaultzaren garai historikoari. Atzerapen ekonomikoak batetik, eta, gerrak nekazal munduan iragin zituen ondorioek, bertzaldetik, pobrezia sorreraziko dute nekazaritzaren sektore aunitzetan. Nekazariak ez zuten puskarik ere hartu herriko ondasunen pribatizazioa egitean, arras zerga handiak ordaindu behar izaten zituzten, laborarien nekazal etekinei hozka egiten zieten elizak zein nobleziak, eta, aintzina begira, etorkizun beltza zuten. Horrexegatik, nekazariak haserre dabilta eta liskarrak sortuko dira. Horrek denak zalantzan jarriko du Nafarroako sistema feudala eta kalte egingen dio. Nekazarien amorru eta haserraldi hori kontrairaultzak baliatuko ditu 1882an errejimen konstituzionala botatzen saiatzeko. Bitartean, herietako handimandiek lur sail gehiago eskuratuko dituzte desamortizazioaren bitartez, eta apostu egingen dute aldakuntzaren alde, beren nekazal produktuei aterabidea emateko Espainiako merkatuaren bidez. Horrela, klaseko liskarrak dira haro honetako protagonista.

Much the same as in the rest of the monarchy-ruled areas, the Napoleonic invasion exposed the weaknesses of the Ancien Régime in the south of Navarra and paved the way for a new period in history of reaction and revolution. The economic recession and the effects of the war on the rural world led to the impoverishment of numerous sectors of the peasant society which - victimised by the privatisation of council-owned property, overburdened by fiscal demands, weary of the vilification of their agrarian surpluses by the nobility and the Church and with a poor outlook in an ever-worsening situation - was to respond with a discontent and conflictive attitude, bringing into question and damaging the feudal system peculiar to Navarra - peasant anger which was to be useful in the Counter-Revolution to attempt to bring down the constitutional Régime in 1822. Meanwhile, the people in power locally, who succeeded in expanding their property through confiscation as a form of "disamortisation", were to give their support for the transformation, which would provide a way out for their agrarian products, as they became incorporated in the Spanish market. Class Struggle was, then, to be the protagonist of the period.

JOSEBA DE LA TORRE. Nacido en Pamplona. Doctor en Historia y profesor de Hª Económica en la Universidad Pública de Navarra. Es especialista en temas socioeconómicos durante la crisis del Antiguo Régimen, particularmente sobre el caso navarro. En 1989 fue el ganador del premio "Ramón Carande" de Hª Económica.